

## HOMILÍA CLAUSURA MES MISIONERO EXTRAORDINARIO EN LA CATEDRAL DE CÁDIZ

*Si 35, 12-14.16-18; Sal 33,2-3.17-18.19.23; 2 Tm 4,6-8.16-18; Lc 18,9-14*

Hermanos:

Siempre es reconfortante escuchar a Jesús. Sus palabras y acciones nos reflejan su ser, y de su Palabra vivimos, nos entendemos a nosotros y al mundo. Clausuramos el Mes Misionero Extraordinario –al menos oficialmente– con este envío, pues se espera que las consecuencias de lo vivido no se agoten dentro de nosotros, sino que haya supuesto un impulso de renovación misionera que llegue a cada uno de nuestros corazones y que aliente la misión *ad gentes*, las misiones que la Iglesia tiene en todo el mundo. Como es deseo del Santo Padre, que aliente nuestra misión. Que cada uno de nosotros nos sintamos misioneros y ejerzamos esa misión que el Señor nos ha encomendado por el hecho de ser bautizados, mucho más cuando tenemos una misión especial encomendada por la Iglesia, como es vuestro caso: catequistas, profesores de religión, y tantos que servís con generosidad a la Evangelización dentro de la Iglesia.

Pero las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy nos hablan de la oración. Jesús, con esta parábola, nos enseña cómo ha de ser nuestro trato con Dios, y por tanto también con los demás; incluso nuestra misma forma de vernos y considerarnos a nosotros mismos, y nuestra actitud frente a la existencia. Se trata de una parábola sencilla, conocida y plástica que se nos hace fácil identificarnos con lo que sugiere.

Jesús en este ejemplo presenta dos extremos. El fariseo, por una parte, es el doctor de la ley, en una época en la que nadie sabía leer y los fariseos leían y comprendían la Escritura, donde estaba además la legislación civil, es decir, algo que abarcaba toda la vida y debían de predicar. Cuando se pone a orar no sabemos si habla con Dios o está haciendo un monólogo consigo mismo delante de un espejo, como ensayando una obra de teatro, pues quizás su vida era un poco teatral. Empieza a reconocer de tal modo sus dones y virtudes en comparación con los demás, que parece estar perdonando la vida a Dios, y se considera merecedor para pedirle cualquier cosa. El otro es un publicano, recaudador de impuestos para Roma. Los publicanos eran odiados socialmente y con fama de ladrones. Ni siquiera podían declarar en un juicio pues se consideraba que unos traidores de ese tipo no podían decir la verdad. En su oración no se compara con nadie, sino que, postrado y humillado, sin atreverse a levantar la cabeza, dice: “Oh Dios, ten compasión de este pecador”. Jesús, como vemos al principio del Evangelio, dice esta parábola viendo el engreimiento de los que se encontraban alrededor: “algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás.” Termina respondiendo a la pregunta: ¿Quién de los dos volvió justificado?, ¿encontró el favor de Dios?, pues lógicamente el humilde, pues “el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

Cuando escuchamos estas palabras inmediatamente rechazamos la postura del soberbio. Por lo general la soberbia nos repele, a nivel incluso social, sin darnos cuenta de que en realidad todos dejamos mucho que desear. Fácilmente nos sentimos entre los pobres publicanos sin reconocer que todos llevamos un pequeño fariseo dentro que, si lo alimentamos, puede que se haga muy grande. Por eso el Señor nos llama la atención. Son dos modelos de orantes, pero las palabras de Jesús van mucho más lejos.

Se trata de unas posturas ante la vida, de unas actitudes. El Señor busca la postura realmente religiosa, cristiana, diferenciándola de la que no lo es. Por eso, en nuestra vida cristiana, aunque a veces presumimos de trabajar por la Iglesia, ser cumplidores, o de “ser más papistas que el Papa”, de que “nadie sabe ni es más católico que yo”, realmente todos tenemos una dosis de soberbia que examinamos poco, me parece a mí, y que corregimos mal. Por eso nuestra disponibilidad sufre a veces, nuestra convivencia se altera y nuestra capacidad de perdón es casi nula.

Si os dais cuenta, el Señor nos pone ante la mirada una dinámica. En esa postura que justifica, la de la humildad, se da la dinámica del amor. Y esa dinámica del amor lo que hace es mostrar y reflejar como es Dios, la misma actitud de Cristo. ¿Qué ha hecho Cristo? Como dice San Pablo a los Filipenses, teniendo la gloria de Dios, se humilló, se anonadó, entra en el mundo por la puerta de atrás, en pobreza, es perseguido, vive todo tipo de dificultades... (Cf. Flp 2,6-11). Y esto porque ha venido a convencernos de un amor que es gratuito, porque está empeñado no en obligarnos tiránicamente a seguirle sino a seducirnos con su amor, y experimentamos en nuestra propia vida incluso los que somos cristianos bautizados, que seguimos siendo pecadores, aunque a veces convivamos excesivamente con nuestros pecados, dándonos por vencidos “como el que no tiene arreglo.” El Señor ha querido estar a nuestro lado para una y otra vez invitarnos a amarlo, invitarnos a corresponder.

“Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha”, dice el Salmo, y decía la lectura del Eclesiástico que el pobre es siempre escuchado. Hay quien dice que nuestros males y aflicciones los permite a veces el Señor para tocar una fibra dentro del corazón del hombre, para que suene la alarma y se acuerde de que no puede ser autosuficiente, de que dependemos de Dios. A veces puede ser una enfermedad, un sufrimiento, una situación de desvalimiento, la muerte de un ser querido, la pobreza, la falta de trabajo, una situación límite, lo que nos derrumba todas nuestras seguridades, porque nuestra seguridad es muy relativa. No somos dueños de nada en nuestra vida, ¡de nada!, aunque nos lo parezca. Estamos tan cómodos en aquello que nos da seguridad, que el Señor permite de vez en cuando ver que, si nuestra seguridad no es Él, que, si no nos hacemos también suplicantes, pobres y servidores, estaremos como muy ensoberbecidos, muy en nuestras propias cosas, seremos poco capaces de dar, y sobre todo de darnos.

La dinámica del servicio, que es la dinámica del amor humilde, es la que introduce Jesús haciéndose siervo, para que así nosotros seamos servidores. La dinámica de Jesús compasivo que se acerca una y mil veces a nosotros con el perdón, hace entender que los otros son merecedores de nuestro perdón. Es muy sabrosa la reflexión de San Pablo diciendo que ha entregado ya la vida al final de su carrera por servir Cristo y por su Evangelio, y que cuando estuvo juzgado y necesitó de los demás lo dejaron solo; pero su respuesta es no tenerlo en cuenta; es capaz de comprender incluso la traición, porque el amor es una misión sublime, porque estamos en deuda con Dios, por mucho que pensemos que los demás están en deuda con nosotros. En esa dinámica del amor tenemos que entrar nosotros para poder ser verdaderos cristianos, bautizados y evangelizadores. Cuánto tiempo y energía perdemos a veces en la Iglesia por nuestras disputas internas, nuestro afán de prevalecer, el que nos den la razón, quedar por encima... Que inconsistente parece todo eso a la luz del publicano que ora y le pide a

Dios, y de las palabras y el pensamiento de Jesús: los últimos serán los primeros y muchos primeros serán los últimos.

Jesús se ha hecho el último. Nosotros debemos hacernos servidores sin buscar nada a cambio. Tiene mucho valor cuando asumís una responsabilidad evangelizadora en vuestra vida. En la Iglesia todo o casi todo se vive en gratuidad, está hecho por voluntarios. Qué fuerza tiene la vida de la Iglesia cuando se hace presente en los barrios, en las comunidades, en la comunicación cristiana de bienes, en la caridad. Hoy mismo recordamos también la campaña nacional de las personas que viven sin hogar, mendigos que vemos por las calles. ¡Qué preocupación y sensibilidad cristiana de buscar cómo atenderlos, o de ir más lejos, a la misión, a lugares inhóspitos, fuera del hogar...! Pero todo eso ha de brotar de un amor humilde, de un verdadero deseo de servir. Cuántas batallas acabarían y cuánto más fecunda sería la vida de la Iglesia si entráramos en ese amor humilde de Dios, que es un amor espléndido, que es el amor que vence, que es el amor que llena, que es el amor que esperamos gozar en el cielo eternamente si el Señor se compadece de nosotros y por su misericordia nos invita a estar con Él. Es el amor para el que ha sido llamado el mundo entero, por eso el bautizado es misionero y la Iglesia es misionera, y por eso uno es capaz de abandonar su arrogancia e incluso sus bienes, e irse a los lugares más inhóspitos y lejanos, dejando todas las seguridades, porque es lo que Jesús ha hecho viniendo a nosotros, y es lo que nosotros hacemos cumpliendo su voluntad, para que todo el mundo llegue a gozar de ese amor espléndido.

Hoy le damos muchas gracias a Dios porque la Iglesia es misionera y, muy especialmente, yo le doy gracias por todos vosotros, por vuestro servicio, por vuestra vida, y le pido, le pedimos todos, que nos haga crecer en esa dinámica del amor y del servicio propio de Jesucristo. Es lo único que puede hacer un mundo nuevo con la semilla del evangelio, que nos hace vivir en una vida reconciliada dentro de nosotros, en un mundo reconciliado con Dios, y aspirar a que Él llene eternamente nuestra vida con su amor, su luz, y el gozo de su presencia. Amén.